



Luke

Melissa Téllez Silva

Eran pasadas las 6pm del viernes 9 de junio cuando Beto volvía a casa luego de otro agotador día de trabajo. Su rol como veterinario en el lugar más prestigioso de la región ya no le producía la misma satisfacción que alguna vez tuvo. Había algo en la rutina que le generaba malestar, pero el conocimiento que traía consigo producto de años de estudio era la columna vertebral del lugar al que le dedicaba gran parte de su jornada. En días así recordaba con nostalgia su versión infantil que soñaba con ser un investigador nato sobre perros domésticos, profesión que perdió su encanto cuando llegó al punto más álgido de su carrera. Al entrar a su habitación fue recibido como de costumbre por Luke, perro que había rescatado hace aproximadamente dos años en un parque cercano a su casa. La tradición nocturna se basaba en pasar tiempo juntos, comer algo y prepararse para ir a dormir. A pesar de ello, sabía que ese día era el inicio de algo más grande y diferente para su vida y la investigación moderna.

En el gremio de los médicos veterinarios en años posteriores crecía un rumor que despertaba todo tipo de comentarios y debates existentes; se trataba de una posible investigación de un medicamento que permitía a los animales que la tomasen tener la capacidad hablar por la extensión de 24 horas, con única dosis y sin poderse repetir. El principal argumento para dicho experimento fue hacer más efectiva la atención a los animales al escuchar de primera mano cómo se sentían y así atacar el problema de raíz. Debido al evidente debate ético que generó la idea, ésta no fue bien recibida y seguidamente fue destinada a la clandestinidad. Beto sabía de primera mano los avances significativos que surgieron de aquella investigación, por lo que decidió empezar secretamente su prototipo varios años atrás para patentarlo y ser dueño del negocio. Proceso que logró culminar ese viernes 9 de junio.

Ya en su habitación, decidió examinar más detalladamente aquellas pastillas de color azulado que tanto empeño le había dado y que ahora finalmente reposaban en su mano. Era el primer prototipo que llevaba a casa, razón por la cual tenía una extraña mezcla de escepticismo y orgullo por su creación.

Beto había hecho un par

de pruebas

anteriormente con

algunas aves y

roedores, uno de sus

compañeros logró

conseguir un primate

que hasta ese entonces

había vociferado un par de

palabras, lastimosamente la cría era bastante agresiva con los humanos razón por la que suspendieron el proceso. Mentiría Beto al negar que se imaginó un par de veces probando el medicamento con su viejo amigo Luke. Considerando seguro el medicamento y matándole la intriga, decidió servir un postre nocturno a su amigo esperando al siguiente día para ver los resultados. Como el efecto se manifestaría en horas de la madrugada, decidió irse a dormir lo más pronto posible.



Ese día Beto tenía que estar más atento que nunca, había puesto una alarma muy en la madrugada para vigilar a su amigo. Al sonar la alarma, Beto se levantó y, al percatarse de que Luke no estaba a los pies de la cama como de costumbre, decidió ir a buscarlo. Recorrió las habitaciones

de su apartamento. Había un

pasillo largo con un

estudio, un cuarto de

invitados y

finalmente la

conexión a la sala de

estar. Beto no

encontró a su

compañero en estas

habitaciones, comenzó a

preocuparse pues tampoco respondía a su llamado. Decidió acercarse a uno de los baños y fue allí donde lo encontró, sentado frente al espejo de la ducha. Beto, un poco acelerado, se acercó haciéndole los mimos de siempre, disipó el silencio del lugar con un par de preguntas esperando escuchar algún sonido comprensible, pero Luke no respondía. Beto se calmó al recordar que su amigo no solía hacer mucho ruido, siempre fue un perro calmado y bastante servicial, pero a pesar de sus intentos, no logró alejar a su



amigo del espejo, acto seguido decidió ir por algo de comer un poco extrañado.

Parecía que Luke no quería alejarse del espejo. Pasaron largos minutos hasta que decidió salir y recostarse frente a su plato. Beto mientras lo atraía con comida seguía intentando hacerle hablar de todas las maneras posibles. Frustrado, Beto decidió dar un paseo con Luke, no lo tenía dentro de sus planes pues eran espacios que no consideraba controlables, pero en vísperas del mutismo de su mascota necesitaba hacer algo nuevo. Fueron al parque más cercano, en el paseo esta vez Luke no jugó con los demás perros del lugar, cosa extraña pues solía ser bastante activo al salir de casa. Tampoco intentó jugar con los niños que solían acercársele; pasó más de una hora y Luke no mostró indicios de habla, Beto se sentía un poco intranquilo, comenzaba a ver como su invento no parecía tener mayor efecto en caninos.

Ya en casa eran casi las 3 de la tarde, el medicamento tendría que haber dado efecto muy temprano en la madrugada, pero no había

conseguido que Luke le hablara. Se había quedado sobre el tapete frente a su amigo intentando llamar su atención, pero el perro no hacía más que mirarlo sin decir alguna palabra. Beto se preocupó pues no lo había escuchado ladrar ni una vez, intentó imitarlo, pero nada funcionaba, puso algo de música para distraerse, pensar y recostarse un poco.

— ¡No!

Un par de canciones después Beto escucho un “No” muy claro y muy cerca, se levantó en busca de Luke, estaba esta vez frente a la ventana vigilando un par de palomas en el balcón.

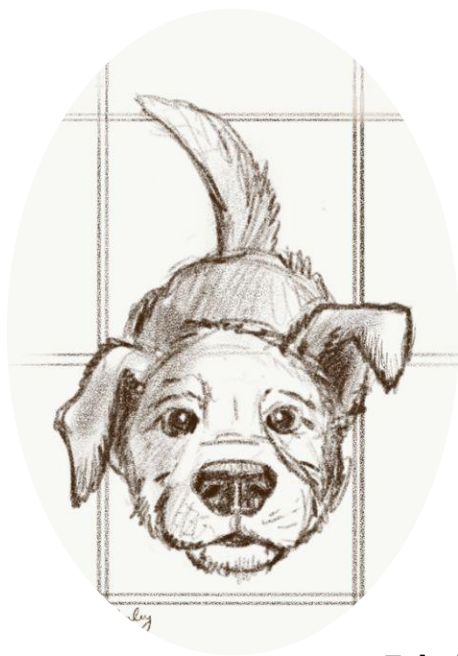
— ¿No? —exclamó Beto mirando a las palomas.

— ¡No! —ladró el perro.

— ¡No! —gritaba Beto de nuevo— ¡Puedes hablar Luke! ¿Qué más puedes decir?

Lastimosamente, no contestó. Las palomas volaron y Luke se alejó. A pesar de ello, Beto se sentía conforme: había escuchado a su mascota decir claramente “¡No!”. Emocionado, llamó a su amigo y

compañero de laboratorio, quien ya debía haber salido del trabajo. Al llegar, Beto lo puso al tanto de los hechos y le explicó su mañana y tarde. Caín intentó comunicarse con el perro desesperadamente, pero tampoco obtuvo respuesta. Su amigo comenzaba a sospechar de lo narrado por Beto. Acordaron comenzar a hacer pruebas en más animales y propusieron un par de modificaciones al medicamento. Ya en horas de la noche, Caín decidió tomar un taxi a su casa. Se encontraba cansado y un poco decepcionado.



Faltaban alrededor de 3 horas para que el medicamento perdiera todo su efecto y no había logrado verificar

algún dato novedoso, Beto estaba de nuevo frente a su compañero cuando este repentinamente se levantó y fue al espejo, Beto cansado decidió quedarse en la sala.

— Luke —Había hablado de nuevo. Frente al espejo, Beto lo señaló y dijo:

— Luke, ese es tu nombre.

— ¡Luke! ¡No!

— Sí, Luke es tu nombre.

— Luke no.

— Luke y no, parece que es todo lo que sabes decir.

— Quieto.

— Luke, no y quieto ¿Puedes decir alguna otra cosa? —preguntó un poco asombrado Beto ya que comenzaba a encontrar un patrón.

— Yo decir otras —Beto paró por un momento de respirar, había escuchado por primera vez a un animal hablar, miro por el reflejo del espejo los ojos de su mascota.

— ¿Luke? ¿Qué otras puedes decir?
—Beto estaba casi en lágrimas, mientras buscaba su teléfono.

— Siempre escuchar las mismas.

— ¿Siempre escuchar las mismas? —
Beto puso su teléfono grabando en el piso, sin embargo, no terminaba de entender lo dicho por su perro.

— Hoy tu hablar mucho.

— Sí, hoy tenía mi día para ti, anoche te di algo en lo que trabajo.

— Lo sé, hoy sentir extraño, hoy confundir, hoy ser usado.

— Tienes razón, Luke. Yo quise hacer esto hace mucho tiempo.

— Lo sé. Yo escuchar. Yo no entender ese ladrido antes, yo entender ese ladrido ahora.

Parecía que Luke, poco a poco, usaba más palabras. Al mismo tiempo que su habla se volvía más compleja y replicaba las coletillas de su amo, se mostraba más consciente de sí mismo, demostrando una actitud reservada y optimista. Beto, sorprendido, intentaba animar a su compañero a seguir hablando. Estaba incrédulo por la complejidad

del habla de su mascota. Al mirar el reloj, se dio cuenta de que tenía cada vez menos tiempo para poder hablar con Luke.

— Ustedes ladran y ladran de modo complicado. Nosotros aullamos, ladrar por ustedes y no entender. Solo entender cuando en verdad aúllan y gritan, ahí entender, ahí fijarse en lo que tienen al frente, ustedes no estar en lo que tienen delante, acarician sin decirnos por qué, gritan sin tener por qué, no hay manera de saber qué quieren, siempre estar en otra cosa de lo que están, siempre miran sin mirar, ladran a la nada, ahora que yo hablar entender otros ladridos, pero ustedes ser extraños, están en dos lugares y llevarnos con ustedes a ninguno de ellos, nosotros estar.

Beto lo escuchaba con una extraña mezcla de curiosidad, miedo y fascinación. Por un largo rato, no logró asimilar el volumen de ideas que su perro había tenido guardadas y que ahora expresaba sin reparo. Entre verbos mal conjugados y reclamos que ahora Luke aprendió a construir, Beto se percató de algo que hizo que su atención estuviese



más alerta: empezó a escuchar ladridos entre las palabras. Al ser estos más recurrentes, ambos quedaron viéndose fijamente mientras entendían lo que estaba pasando: el efecto de la pastilla

empezó a desvanecerse. Luke vociferó como nunca lo había hecho, pero luego de un rato lo único que se escuchaban eran ladridos en la habitación.

Crónica – Mi primer día de clase

Melissa Téllez Silva

Entonces me encontraba allí, justo entre el tablero y las filas interminables de sillas escolares que, desde la perspectiva de estudiante era el pan de cada día, pero desde esta nueva vista resultaba aterrador...

13 de septiembre de 2015

Luego de algunos días adaptándome a las actividades que me fueron asignadas en el servicio social del colegio, mi inocencia pensó que sería una semana como cualquier otra. Fui asignada como tutora de una profesora de primaria de los cursos cuarto y quinto, como me explicó la coordinadora. Personalmente me hubiese gustado estar a cargo de los refrigerios, pero, por la gran demanda que había en ese espacio, me asignaron tutorías en contra de mi voluntad. Mis obligaciones se resumían en sacar copias para los estudiantes, pasar notas en la planilla y ayudar a la profesora en lo que necesitara. Me sentía cómoda pero no me encantaba la idea de quedarme un par de horas

más en la jornada tarde del colegio IED Castilla. “Será sólo un mes” pensaba cada vez que, al salir de clase, me dirigía a los edificios de primaria. “Será sólo un mes, ¿qué podría salir mal?”



14 de septiembre de 2015

El día transcurría con normalidad, los niños del salón 403 corrían y jugaban mientras la profesora intentaba mantener el orden en el salón fallando en el intento. Cuando el timbre del recreo sonó, el salón se vació de manera inmediata.

— En las siguientes dos horas necesito que estés con los niños hasta la hora de salir, la coordinadora nos necesita con urgencia para una reunión — mencionó la profesora mientras borraba el tablero con cuidado.

— Vale profe, pero ¿qué se supone que haga con ellos? Nunca he manejado un curso y menos de primaria, conozco el nombre de algunos, pero hasta ahí.

— Sólo tienes que revisar sus tareas y cerrar con llave. Te irá bien.

La profesora me entregó los marcadores del salón como quien entrega un volante sin frenos. “Solo son dos horas” dijo y desapareció por la puerta. Ahí estaba yo: quince años, uniforme de décimo y al frente de un salón lleno de niños que aún creían que cualquier persona grande tenía todas las respuestas, o al menos controlar un grupo.

Nunca había estado al frente de una clase. Ni siquiera consideraba la posibilidad de estarlo, pero el servicio social no da opción: te lanza a nadar en la piscina del mundo real con flotadores hechos de buenas intenciones.

La primera media hora fue una mezcla extraña entre caos y comedia. Un niño preguntó si yo era la hija de la profesora, otro me pidió permiso para ir al baño y una niña me entregó un dibujo sin razón aparente. Intenté

seguir corrigiendo las tareas que me habían dado, pero rápidamente entendí que enseñar es más un arte de improvisación que un acto de lectura.

Opté por el camino de la supervivencia: usar los marcadores para dibujar una serie de líneas que rápidamente se convirtió en el juego del ahorcado. Para mi sorpresa, esta idea repentina captó la atención de las 35 criaturas que estaban frente a mí. Y cuando me percaté, los niños rieron mientras intentábamos completar la oración secreta antes de que sonara el timbre. Fue un caos... un caos adorable.



Cuando sonó el timbre, varios me rodearon para decirme que les gustó mucho el juego. “¿Vas a volver mañana?” me preguntaron. Me reí porque no sabía si sobreviviría una segunda vez. Salí del salón como de costumbre, pero con una sensación



nueva: el respeto profundo por
quienes enseñan todos los días y el
orgullo inesperado de haber sido,

aunque fuera por un ratito, parte de
esa misión.